CAPITULO XXXIII.

Vida ejemplarísima, virtudes insignes y dichosa muerte del religioso P. Bernardino de Llanos, de la Compañía de Jesús. Año de 1639.

§ I

Su entrada en la Compañía, venida á la Provincia de Nueva España y primeras ocupaciones que en ella tuvo.

Nació el P. Bernardino de Llanos en la Villa de Ocaña, del Maestrazgo de Santiago, en el Arzobispado de Toledo; sus padres fueron ilustres en sangre, descendientes de las nobles familias de los Llanos, Bustos y Escobares, pariente por estos muy cercano no sólo en la sangre, sino mucho más en el espíritu de la santa y venerable Sra. Dª Marina de Escobar, cuya notoria santidad ha sido en nuestro siglo honra de su patria, gloria de su linaje y admiración de los que conocieron su levantado espíritu. Criaron á Bernardino sus cristianos y piadosos padres no sólo para heredero de su hacienda sino para herencia del Señor, que desde sus primeros años tomó la posesión de tan pura y tan santa alma. Estudió latinidad y letras humanas en el Colegio que la Compañía de Jesús tiene en su patria, de allí pasó á la Universidad de Alcalá á estudiar la Filosofía, y después á la de Salamanca á cursar cánones, y en todas estas facultades salió escogido sujeto y no menos ejemplar en las virtudes á sus condiscípulos, que le respetaban como á santo y le aplaudían como á Docto.

Estas misericordias que recibía de Dios nuestro Bernardino, quiso él asegurarlas á su Majestad en la religión de la Compañía de Jesús, á que fué admitido el año de 1580, siendo á la sazón de 24 años de edad. Siendo ya de la Compañía vivió los 4 primeros en España en la Provincia de Castilla la Vieja, en los cuales dió evidentes indicios de la mucha perfección y santidad que había de aumentar en el resto de su vida. Y esta antorcha que Dios había encendido, su luz empezaba ya á difundirse con más que comunes rayos, de suerte que movió al P. Antonio de Mendoza (que venía por Provincial á esta Provincia de México) á pedirles á los Superiores con instancia se lo concediesen para traerlo consigo. Dificultáronlo mucho, pero venció la porfía del Padre Provincial y el deseo que mostraba el P. Bernardino de Llanos de emplear su vida adonde le pareció podía ser mayor la ayuda y aprovechamiento de las almas y servicio divino. Luego que llegó á esta Provincia comenzó á poner por obra los intensos deseos que traía de su aprovechamiento y creces de su espíritu, y juntamente con igual intensión en la ayuda y salvación de los prójimos. Tenía notable gracia en tratar con ellos, en encaminarlos al cielo y á

ejercicios de virtud, y recabar de ellos mudanzas de vida en actos de penitencia y obras de piedad, pero sin perder en estos ejercicios exteriores la conversación interior y trato familiar que con Dios tenía, en razón de aprovechar los prójimos. El P. Llanos era de corazón no estrecho ni encogido, sino muy dilatado y animoso sin estrecharse los espacios de su ardiente caridad si necesario fuera á todo el mundo. Con este fin aprendió en brevísimo tiempo la lengua mexicana para poder ayudar por medio de nuestros ministerios á esta nueva cristiandad, y se hubiera aventajado mucho en ellos, si la obediencia no le hubiera mudado la materia y ordenádole que emplease su fervor de caridad en la ayuda é institución y letras de la lucidísima juventud española mexicana, y la que con ella concurre á México de todo el Reino. Dedicóse todo á esta ocupación como dada de la mano de Dios, con todo el esfuerzo de su espíritu, y tanto con mayores veras cuanto veía que depende de ella el aumento y mejoras de la república cristiana, y la dirección y crianza de tiernas plantas que, crecidas, lleven frutos de vida eterna, y finalmente, se trasplanten á la Iglesia celestial y bienaventurada. Y no será fácil de explicar los admirables, multiplicados y provechosos frutos que por dilatados y continuados años este insigne varón cogió, repartió y comunicó ocupado en este santo ministerio.

Porque fué lo primero el P. Bernardino de Llanos hombre de grande ingenio, de singular erudición en letras humanas, fácil en la poesía, muy fecundo en la retórica de que fué muchos años Maestro y Prefecto de estos estudios y facultades. El mismo Padre fué de los segundos que fundaron y promovieron nuestros estudios de latinidad en México, á cuyo cuidado y enseñanza deben las personas más principales de este Reino, las religiones todas y los más graves tribunales, los sujetos que en letras y virtud han sido su lustre y honra. Compuso el Padre muchos y eruditos libros así en prosa como en verso latino, por facilitar el ejercicio y enseñanza de la juventud, y no menos píos, para que tras la erudición de letras humanas viniese la devoción y aprecio á las cristianas costumbres. Lastimábase cuando veía á algunos mancebos tan pobres de hacienda como ricos de habilidad, á cuyo socorro y sustento aplicaba su caridad, de manera que sin perdonar á súplica les hacía dar de limosna aquello que habían menester para proseguir en sus estudios, y logró tan felizmente su caritativo empleo, que muchos de los que de esta suerte se criaron y estudiaron en nuestras escuelas, tuvieron grandes puestos, y en sus oposiciones á cátedras alegaban por méritos su necesidad y pobreza, y la mucha caridad con que el P. Bernardino de Llanos les había socorrido y puesto á expensas de su piedad en el estado que gozaban. Y finalmente, podemos decir que causaban admiración las diligencias de este vigilantísimo Padre, las continuas visitas de las clases de los estudiantes y sus patios, el cuidar á sus tiempos de sus confesiones y comuniones, el asistirles cuando juntos oían Misa en su capilla de los estudios, con otras santas invenciones y trazas que para criar la juventud en la virtud y letras buscaba y hallaba su fervoroso celo. Ni hubo padre ni madre que así solicitase el bien y felicidad de su amadísimo hijo, cuanto este religiosísimo Padre solicitó la virtuosa crianza de toda la juventud mexicana, y la que con ella de todo el Reino concurre. Y esto no por tiempo de 2 ó 4 años, sino de 40, y hasta los últimos de su prolongada vida.

§ II

Comiénzanse á escribir
las heroicas virtudes del P. Bernardino de Llanos.

Hasta aquí habemos hecho relación del principal empleo y ocupación en que se empleó la santa y prolongada vida de este insigne varón, y ahora se nos sigue escribir de las virtudes que en él con admirables ventajas y edificación de todos continuamente resplandecieron. A que daremos principio por la de su profunda humildad, sobre que se levantó el edificio de tan santa vida, y de esta virtud dió muestras el P. Llanos, admitiendo no sólo con indiferencia, sino con sumo gusto y contento, el grado de Profeso de tres votos solemnes en la Compañía, sin querer ni pretender el de cuatro votos, que es superior en nuestra religión. No le faltaban talentos y letras que lo podían merecer, pero como sólo amaba el ser desconocido y en nada reputado, y toda su pretensión fué el ser conocido y agradable á los ojos de Dios, el afecto grande que tenía á la virtud de la humildad, confirmaban y manifestaban los continuos actos que toda su vida ejercitó de humillación. Salía cuando estaba con fuerzas y salud con los Hermanos estudiantes al refectorio á hacer disciplina una ó más veces cada semana; postrábase á la puerta del refectorio para que al entrar y al salir los de casa, ó le pisasen ó pasasen por encima; comía en el suelo de rodillas ó en pie pidiendo tal vez la comida de limosna á los que estaban sentados y esperándola de rodillas, y no pocas veces avisaba á los que servían á las mesas que le trajesen de la olla que se suele guisar aparte para los pobres que acuden cada día á la portería reglar.

A la grande humildad del P. Bernardino de Llanos acompañó siempre la penitencia y mortificación exterior é interior. En lo vigoroso de su edad, nunca se desayunó hasta la hora de comer á medio día, ni tuvo jamás en su aposento cosa que fuese de regalo, ni comida; cuando le apuraba la sed no bebía sin pedir licencia, ni fuera del lugar para esto determinado, porque en su aposento ni un jarro de agua tenía. Ayunaba á pan y agua muchas veces, en especial las vísperas de las festividades de Cristo Nuestro Señor y de su Madre Santísima, á cuya honra dejaba cuando comía el mejor bocado, ofreciendo en tan pequeño dón mucho amor y deseo de mortificarse. Esto era lo que por de fuera se veía, que lo que en el retiro de su aposento pasaba, ni es fácil decirse ni tal vez de creerse. Eran sus disciplinas largas y frecuentes hasta derramar copia de sangre; los cilicios continuos, el dormir sobre una tabla desnuda era ordinario; en su aposento rara vez se asentó mientras el vigor de la edad se lo permitía, casi siempre estaba en él en pie ó de rodillas, y muchas veces por largo tiempo tendidos los brazos en cruz, tormento que el que lo experimentare lo puede ponderar; si alguna vez obligaba la necesidad ó el cansancio á sentarse, no llegaba de propósito con los pies al suelo ni arrimaba el cuerpo al respaldo de la silla ni á la pared, teniéndole siempre penado. Acontecióle no pocas veces quemarse las manos en las ollas ó peroles de la cocina, que por estar al fuego participan de su intenso calor, y volverlas á poner una y otras veces para sentir más grave

dolor, ejercitando en esto un género de contienda entre el fuego interior que abrasaba su espíritu, y el exterior y material que atormentaba sus manos, cediendo éste á la mayor actividad é intensión del otro, y esto con un disimulo y destreza en ocultar lo que hacía y padecía, que á quien no estuviese con particular atención ó no conociera con cuánto estudio recataba con su afabilidad lo duro de la mortificación, se le pasaran por alto muchos ejercicios heroicos que de esta virtud ejercitaba el santo Padre.

Lo que es para los sentidos del cuerpo la mortificación, es para los afectos del alma la santa pobreza, pues más consiste ésta en un corazón desnudo que no en un cuerpo despojado, y así como la mortificación despoja al cuerpo de sus comodidades, la pobreza desnuda al alma de sus afectos. Tiernísimo fué el que el P. Bernardino tuvo á esta celestial y divina virtud, por parecerse á aquel Señor infinitamente rico, y por nuestro amor sumamente pobre. No traemos aquí su rigurosa resolución con que dejó lo mucho que tenía en el mundo este santo varón, ni lo que pudo tener que fué más; sólo su despego en todo lo que olía á comodidad y abundancia, efecto de aquel primer valor con que todo lo renunció. Ya se dijo que su aposento era tan pobre que ni tuvo en él regalo ni alivio alguno, ni agua que beber; siendo Maestro (como lo fué) por muchos años de humanidad y de retórica, y habiendo menester algunos libros, carecía con mucho gusto de ellos, yéndose á estudiar á la librería común; ni aun silla en que sentarse tuvo por mucho tiempo en su celda, y así tomaba algún descanso ó sentado en el suelo ó en una banquilla, los ratos que no estaba en pie ó de rodillas; unas estampas de papel eran las más principales alhajas, sin querer admitir á título de devoción otros cuadros é imágenes de precio; su vestido era el más viejo y remendado, venciendo su afecto el cuidado y vigilancia de los superiores en que siquiera no fuera tan gastada la ropa interior; en la comida no admitió singularidad aun en sus mayores achaques, diciendo era pobre y que algo le había de faltar; tenía prevenidos á los superiores para que no le diesen licencia para algunas cosas que personas de calidad importunamente piadosas le enviaban ó le ofrecían, con que sin sentimiento de ellas lo despedía y sin detrimento de su pobreza, quedaba alegre con lo ordinario de la comunidad.

No era de esta calidad con los pobres y necesitados, antes él mismo solicitaba las licencias para buscarles y distribuirles muy gruesas limosnas, y siendo así que en ellos y en el culto divino expendió una gran suma de dinero, jamás se le pegó valor de un real, ni quiso tener en su aposento arca para el dinero, antes con licencia de los superiores lo encomendaba á un Hermano en depósito con la cuenta del gasto, hallándose con esto tan señor de sí, que no daba lugar al menor cuidado en esta materia á que pudiera pegársele el corazón; tan desembarazado estaba de todo lo de acá, que de lo necesario y preciso para la vida, quisiera, si pudiera, carecer de todo. Bien declaraba este sentimiento, el que hablando con Dios se supo que decía: «Yo quiero, Señor, por vuestro amor, tener esto ó aquello, porque así vos lo quereis, y si vuestra divina voluntad me lo permitiera, desde luego me desprendiera de todo. Este aposento en que vivo ni es mío, en él estoy porque en vuestro santísimo nombre me lo han prestado como á pobre; el vil vestido que traigo tampoco es mío, prestado es, con él

me visten como á uno de vuestros pobres pequeñuelos, y no es pequeña dicha mía que me querais contar entre ellos.» Y de este modo iba el Padre descendiendo por todas las cosas de que usaba, tan despegado tenía el corazón de todos los bienes del mundo.

No menos despegada tenía la voluntad de todos sus quehaceres por la obediencia, virtud en que se esmeró con todo cuidado como si no hubiera otra á que acudir y promover; era tan puntual en el Padre y prevenida al mandado del Superior, que estaba ejercitada aun antes de conocida expresamente. Y esto con una tan rara indiferencia que no llegaba á distinguir las cosas grandes de las pequeñas, las altas de las bajas ni las gustosas de las desabridas. Para él todo era gusto, todo alto, todo grande, el día que el Superior se lo llegaba á mandar, á cuyas órdenes vivía tan atento, que aun las cosas concercientes á la ejecución de lo que se le ordenaba, las hacía como si se las hubieran mandado en particular, y por esto era menester que el Superior le previniese que no hiciese más de aquello que actualmente se le pedía, sin que entendiera que era menester otra cosa. Aconteciéle tener muchas veces cuatro ó cinco oficios juntos, sin que el uno le estorbase la ejecución del otro, disponiendo entre su diversidad con singular destreza el modo con que á sus tiempos se acudiese á todos, y decía que quisiera tener mucho más caudal para poder emplearse en más ocupaciones como fuesen ordenadas por el Superior. Sucedióle hacer por orden de los Superiores algunos desvelos literarios para recibimiento y entradas de Virreyes y Arzobispos, en que procuraba poner todo su estudio y conato, y tal vez por justos impedimentos no salían al público del tablado ó cátedra; preguntado, pues, de algunos de casa cómo no habían salido á luz trabajos tan esmerados, respondía con una boca de risa: para mí ya se ha hecho todo, hecha la santa obediencia. A ésta amaba llana y ciegamente, ejecutando los mandatos del Superior á la letra sin interpretación ninguna, y solía decir: que eran excusadas interpretaciones y preámbulos á la obediencia y á la regla, porque todo cuanto se puede ponderar y decir está encerrado en la regla y en la obediencia, y en la obediencia ni aun razón de dudar quería admitir. En esto decía: «como sello tengo impresa la voluntad de Dios: no hay que buscar más, Dios ha interpuesto su autoridad y palabra, diciendo que el que obedece al Superior, obedece á su divina Majestad, y faltar en esto es injuriarle sumamente porque derechamente es contra su crédito y palabra, es no darle fe. A mí en cualquier acontecimiento bástame que sea obediencia y que el Superior me lo mande.» El mismo rendimiento mostraba en las cosas pertenecientes á su espíritu, dando cuenta de él al Superior con una sinceridad de un niño, y aunque por una parte quisiera callar y ocultar las mercedes que Dios le hacía á su alma, sólo por no errar decía: que se hallaba obligado á manifestarlas al que en lugar de Dios lo gobernaba.

Igual á esta obediencia fué su pureza angélica, de la cual hablando un día con el Superior dándole cuenta de conciencia, dijo: «que tenía recelo no se le mezclase sin sentir alguna oscuridad con tanta luz.» Debajo de esta metáfora, hablaba de la castidad, y diciéndole el Superior aquella sentencia de San Pablo: *Quae societas luci ad tenebras?* Cómo puede mezclarse la menor tiniebla con tanta luz, respondió el Padre: estoy con todo esto cuidadoso. *Quoadusque justitia convertatur in*

juditium. Hasta que la pureza propia sea riguroso juicio de sí misma. Acerca de la regla que habla de esta virtud cuyo voto no pide interpretación alguna. «No, no, decía, aunque sean heroicos los actos de entendimiento y voluntad con que se trató esta materia, nada, nada se ha de admitir en ella que parezca interpretación.» No tenía por nimio cualquier recato en esta virtud, afianzábala con el continuo ejercicio de penitencias y asegurábala huyendo diligentemente de cualquier ocasión la más mínima que pudiera menoscabarla. Evitaba hablar con mujer ninguna fuera del confesonario, y cuando las cosas graves ó negocios de importancia le compelían á comunicarlas, siempre tuvo presente á su compañero, aunque fuesen señoras de mucha calidad y autoridad, en cuya presencia no levantaba los ojos del suelo, y sus razones eran tan cortas, que parecía carecer de ojos y palabras. Todo su rostro cubría una vergonzosa modestia y todo el cuerpo se vestía de una pureza angélica y de un encogimiento purísimo.

§ III

De su fervorosa y continuada caridad para con los prójimos, nacida del ferviente amor que á Dios tenía.

No se empleó ni limitó la dilatada caridad del P. Bernardino de Llanos, ejercitándola solamente en tantas obras de misericordia así espirituales como temporales y corporales con que ayudaba y alentaba á la juventud mexicana de nuestros estudios (como atrás queda dicho); á todos los pobres del mundo parecía extenderse su caridad. A los de las cárceles procuraba se les atendiese con limosnas y sustento, y muy en particular las fiestas de su Madre y Señora la Santísima Virgen, y para esto empeñaba la piedad y liberalidad de un caballero su devoto, vecino de la ciudad de México, que por servicio de la Virgen, y por el respeto y amor que tenía al Padre daba el dinero necesario para estos convites de la Virgen, que así los intituló el P. Bernardino de Llanos. Llegado, pues, el día, preparaba las viandas con toda puntualidad y sazón, llevaba consigo por orden de los Superiores algunos Hermanos estudiantes de los nuestros, y de los de fuera, escogía los más devotos para esta ocasión tan santa; iban todos desde nuestra casa á la cárcel ocupados en llevar personalmente, unos las ollas de carne, otros las canastas de pan, estos los platos, aquellos la fruta, cuál los manteles y servilletas, cuál los jarros y vasos, y todos con estas insignias, ordenaban un muy devoto escuadrón ó procesión agradable á Dios, plausible á los ángeles, admirable á los hombres, gustoso á los pobres y á todos edificativo. Era el capitán el P. Bernardino de Llanos, y en llegando á la cárcel ponía él mismo la mesa, hacía sentar por su orden á los pobres encarcelados, echaba la bendición y comenzábales á servir, siguiéndole en tan piadoso ministerio los demás compañeros con alegría santa y amorosa competencia. Aconteció un día, celebrando uno de estos convites, que faltó el agua en la cárcel de Corte por haberse roto poco antes los arcaduces, pero el fervoroso Padre sin reparar en su autoridad fué cargado de vasijas vacías á la pila de la plaza pública, y las volvió á la cárcel llenas de

agua para socorrer aquella necesidad, quedando todos los que le veían tan admirados como edificados.

El mismo estilo guardó con los enfermos de los hospitales: íbales á visitar con los oficiales de la Congregación de Nuestra Señora y otros congregantes los más domingos y fiestas del año, llevábales algunos regalos que hacía recoger de limosna, hablábales con grande espíritu de las cosas de Dios y de la vida eterna, á cada uno según su enfermedad, y á todos los consolaba y disponía á una buena confesión, admitiendo á ella los bien dispuestos, y gastaba en este santo ejercicio tan propio de la Compañía toda la tarde, con gran consuelo de su alma, acudiendo á la sed de aquellos pobres con el remedio de la confesión, después de haber regalado sus cuerpos con los efectos de su caridad. Esta también empleó todos los días el tiempo que tuvo fuerzas, en llevar desde nuestra cocina á la portería reglar la olla que se adereza para los pobres, y no se apartaba de allí ni se iba á comer hasta haberla repartido de su mano á todos.

Esta caridad para con sus prójimos tenía sus grados más estrechos é intensos para con sus Hermanos; ejercitóla con grandes ventajas en los oficios que tuvo de Ministro y de Prefecto de la salud en nuestro Colegio, sin perdonar la más humilde acción perteneciente al aseo y limpieza de cada uno. Vivía en este Colegio de México el P. Juan de Tovar, famoso Ministro y predicador de indios, el cual por estar ciego y por su mucha edad impedido, no podía salir de su aposento; mostró para con este Padre su mucha caridad del P. Bernardino de Llanos, y porque el P. Tovar no careciese de su frecuencia del Santísimo Sacramento, y pudiese oir Misa en una capilla interior de casa, buscóle el P. Llanos una silla de manos en que llevarle á ella, que estaba un buen trecho distante, y con ser el P. Tovar hombre corpulento y pesado, y estar ya muy viejo, el P. Bernardino le cargaba en la silla ayudando otro alguno de los nuestros, durando mucho tiempo este su santo ejercicio, y por más que otros de casa le quisiesen ahorrar aquel trabajo y le atajasen en el camino, el fervoroso Padre no sólo no consentía, sino que agobiado y medio cayendo proseguía su camino. Y entre otros muchos enfermos que el Padre alcanzó en este Colegio, fué el P. Gaspar de Meneses (de cuya santa y pacientísima vida atrás queda hecha larga mención). Con este varón santo que por tiempo de ocho años padeció lo rigurosísimo de las enfermedades que allí dijimos, ejercitó el P. Bernardino una continuada y ferviente caridad que á todos los que vivíamos en el Colegio nos admiraba y edificaba: tenía no pocas horas del día dedicadas para asistir á este enfermo tullido y paralítico, y ese tiempo se ocupaba en frotarle las manos para aliviarle los continuos dolores y movimientos, que en ellas y todo el cuerpo padecía; consolábalo con consideraciones santas, socorriéndolo en cuantas necesidades se le ofrecían, sin perdonar á obra de caridad que pudiera ejercitar con este santo y pacientísimo enfermo, al cual el P. Llanos acudía con tales muestras de caridad, prontitud, voluntad y alegría, como si viera al mismo Cristo que estuviera en aquella cama paralítico; no se puede encarecer de otra suerte el afecto de esta caridad. La causa principal y origen de esta caridad de tan santo varón, nacía como de su fuente del ferviente amor que á Dios tenía, amando en él y por él, y sin mezcla de interés ó afecto propio, á sus criaturas. Tanto que ni aun las consolaciones que Dios

comunicaba á su espíritu quisiera recibirlas, sino amarle sólo por amarle y padecer por él al paso que le amaba. Lo cual pondré por sus palabras que están arrojando centellas de aquel fuego de amor que le abrasaba el pecho. *Poco es mi amor* (decía) *para pagar el que debo á Dios, que sumamente merece por sí y justísimamente de todos debe ser amado; pretendo, si me fuese posible, juntar la pequeñez de mi amor con la grandeza del que abrasa y enciende en el cielo á los serafines y á los demás coros de los ángeles y bienaventurados, y para subirle de punto ya que no como debo, á lo menos en el modo que sufren mis cortas fuerzas, llegaré mi amor al de la Santísima Virgen con la confianza de hijo á Madre, porque sazonado de su mano pueda servir á mi Dios un sazonado plato de amor.* Vínole recelo al humilde Padre si acaso este modo encerraba en sí alguna menos reverencia, y satisfacióse con decir: que acá en la tierra no hallaba quien le hiciese compañía para acrecentar su amor, y que todas las cosas, del cielo abajo, no le ayudaban á amar á Dios como debía; esto decía con afecto tan tierno, que no tantas palabras decía cuantas derramaba lágrimas.

§ IV

Del familiar trato que tenía con Dios Nuestro Señor en la oración el P. Bernardino de Llanos, y con la Virgen Santísima su Madre.

Todos los ejercicios de virtud y caridad que de este devotísimo Padre atrás quedan dichos, eran frutos y afectos de su continua oración y trato con Dios, porque era tan dado á este santo ejercicio, que demás de la oración señalada para todos (que nunca dejó sino impedido de grave enfermedad), todo el demás tiempo libre de las ocupaciones forzosas, gastaba en este celestial ejercicio, de rodillas en el coro delante del Santísimo Sacramento, ó en presencia de una venerable y devota Imagen de Nuestra Señora que estaba en una capilla interior de casa; y estas dos devociones fueron en el Padre continuas y tiernísimas, y eran como los dos polos á quienes miraba siempre la aguja de su contemplación. Añadía también la de su Santísimo Esposo San José, cuyos tres dulcísimos Nombres jamás se le caían de la boca ni del pensamiento, y decía: que la Santísima Virgen le había enseñado este modo de andar siempre en oración, sólo con repetirlos muchas veces al día. El tiempo que estuvo baldado de un lado (como después se dirá) le ayudaba y llevaba de un brazo un muchacho indizuelo de casa, cuando había de andar, y á cada paso que daban él y el indizuelo que tenía enseñado, juntamente iban diciendo y repitiendo estos dulcísimos nombres: Jesús, María, José. Pero no se satisfacía con este modo de orar, hasta en las más graves ocupaciones, sino que quitaba del sueño forzoso muchas horas de la noche para alabar á Dios. Levantábase de la cama poco después de media noche, y lo ordinario era gastar dos horas antes de las cuatro en este santo empleo; en dando las cuatro tenía prevenido el ayudante y retirábase á decir Misa en una capilla interior del Colegio. Gastaba algunas veces en decirla tres